



El traidor de la corte

Borja Rodríguez Gutiérrez



«He querido presentar uno de los problemas clásicos de la literatura policíaca: el misterio de la habitación cerrada por dentro, en la que tan solo está el cadáver del asesinado. Ha habido muchas formas de resolver ese problema, pero creo que la mía es nueva.»

El autor

Castilla, 1360. **Pedro I**, Rey de Castilla, *El Cruel* para unos, para otros *El Justiciero*, está inmerso en una lucha sin tregua contra Aragón y contra su hermanastro, **Enrique de Trastámara**, al que ha derrotado en Nájera. Sin embargo, y eso choca con su carácter, **Pedro** no ha rematado la faena. Para sus hombres es evidente, algo le inquieta...

«Hay un traidor entre mi gente. Están ocurriendo cosas que sólo son posibles si hay algún informante en esta corte muy cerca del trono. Sólo pueden ser cinco: Samuel, Fernández, Martín López de Córdoba, Fernando o Diego.»

Un hombre, sólo uno, podía facilitarle la identidad del traidor. Se llamaba **Martín de Utiel**, y porque su seguridad es muy valiosa, a la espera de poder interrogarle, **Pedro** lo mantenía encerrado en el inexpugnable Castillo de Llaguno y custodiado por un servidor libre de toda sospecha. Más aún, dentro del castillo, **Utiel** observaba de manera escrupulosa, obsesiva, unas estrictas normas de seguridad...

En vano. El cuerpo de **Utiel** ha sido encontrado sin vida, se diría que aplastado por una fuerza divina, en un lugar al que nadie ha podido acceder. Su custodio cree que Dios mandó un rayo divino que fulminó al pecador, pero su muerte es demasiado oportuna como para considerarla fruto de una casualidad cósmica...

«Tiene que ser uno de ellos. Necesito que tú lo descubras.»

«Tú» es **Rodrigo Muriel**, amigo de infancia y fiel compañero de **Pedro**, que ha pasado cinco años viajando por Europa como embajador extraordinario. Y si se le considera el hombre adecuado es, precisamente, porque en ese tiempo ha permanecido ajeno a las intrigas y porque, como le dice su Señor:

«Nunca te han importado las apariencias y siempre te has ceñido a los hechos. Pura lógica. Voy a necesitar esa lógica y con urgencia.»

Las órdenes son taxativas: ve a Llaguno y averigua quién mató a **Utiel**, encuentra un libro donde anotaba sus secretos y ejecuta a los traidores. Con él irán **Pero Ruyz** al frente de un grupo de ballesteros del rey, y **Alfonso de Sirga**, pesquisidor real. Del éxito de su misión depende que **El Cruel** se imponga a **Enrique de Trastámara** en su lucha por el poder.

Borja Rodríguez Gutiérrez



Nacido en Reinosa (Cantabria) un 23 de febrero de 1958, es Doctor en Filología Hispánica por la UNED y se desempeña como catedrático de literatura del instituto «Alberto Pico» de Santander.

Es autor de *Historia del cuento español (1764-1850)*, la primera monografía que aborda la historia de la narración breve en el Siglo XVIII y en el Romanticismo. Ha editado a **Pedro de Madrazo** (*Cuentos*), **Alejandro Casona** (*Nuestra Natacha*), **Federico García Lorca** (*La casa de Bernarda Alba*), **Ramón J. Sender** (*Réquiem por un campesino español*), y a un poeta olvidado del XIX: **Eugenio García Ladevese** (*Vida y Poesía de Eugenio García Ladevese*).

Su actividad investigadora se ha centrado sobre todo en los siglos XVIII y XIX, en especial en el cuento y en la prensa. En ese campo ha publicado una antología sobre los cuentos del XVIII: *Cuentos españoles del siglo XVIII* (**Akal**) y dos sobre el siglo XIX: *Antología del cuento romántico* (**Biblioteca Nueva**) y *El cuento romántico español: estudio y antología* (**Sociedad Menéndez Pelayo**).

El traidor de la corte es su primera novela

Entrevista

«Hay que dar al lector de la novela policíaca todos los datos para descubrir al asesino. Desde luego, se intenta darlos a través de una máscara, de forma indirecta, perdidos entre otras muchas informaciones, pero están ahí, para que el lector atento pueda demostrar que es capaz de adivinar lo mismo que el detective.»

Cuando de novela histórica se trata, conviene saber qué hay de verdad y qué de ficción en el relato. Empezando por los personajes...

He procurado que la mayor parte de los personajes sean históricos y los sucesos reales. Los cinco sospechosos de la traición son personajes reales de la corte de **Pedro de Castilla**. La historia que cuenta **Rodrigo** de la destrucción del ejército inglés es cierta, al igual múltiples detalles: la sal de **Ibargoen**, la existencia de un constructor de ballestas del rey de Navarra llamado **Amet Aludalí**, las investigaciones astronómicas de **Azarquiel** y sus instrumentos, las reflexiones sobre la forma de escribir tratados históricos de **Ibn Jaldún**, la historia de **Alonso Coronel**, los documentos que **Pedro** le enseña a **Rodrigo**... El trío de investigadores es creación personal, aunque es cierto que existían pesquisadores, es decir funcionarios que se encargaban de investigar en nombre del rey crímenes y sucesos extraños.

Pedro el Cruel es el personaje que nos atrae a la lectura. Sin embargo, no es el auténtico protagonista de tu relato. Cuéntanos quién es Muriel...

Muriel es una persona entregada a la acción política que busca con ello restañar una herida abierta en su interior. Las dudas de **Muriel** son uno de los motores, probablemente el motor principal de su comportamiento y a lo largo del relato va avanzando hacia la solución del misterio y hacia la solución de su inseguridad interna. No obstante hay que comprender que es un hombre del XIV, no del XXI y que las soluciones que encuentra a su conflicto interior son las de un hombre de su época, no de la nuestra. Hasta qué punto su historia pasada ha influido en su actividad presente, en su toma de partido, en su opción política y vital es un juicio que deberá hacer el lector.

Muriel debe resolver un asesinato que se ha producido en un lugar al que nadie puede acceder. ¡Como en las mejores novelas de Agatha Christie!

Para mí **Agatha Christie** ha llegado al máximo de perfección en la novela policíaca. Hay otros autores que han escrito libros tan buenos como los suyos, pero creo que mejores no. Y desde luego nadie ha escrito tantas grandes novelas policíacas como **Agatha Christie**. De ella hay que aprender muchas cosas: la fundamental, en mi opinión, la honradez con el lector. Hay que dar al lector de la novela policíaca todos los datos para descubrir al asesino. Desde luego se intentan dar esos datos a través de una máscara, de forma indirecta, perdidos entre otras muchas informaciones, pero están ahí, para que el lector atento pueda demostrar que es capaz de adivinar lo mismo que el detective. Eso es lo que he intentado y como hace **Agatha Christie** en muchas de sus novelas, he introducido un momento en que el detective pasa revista al caso y detalla, uno por uno, los indicios que ha encontrado.

En esta ocasión además, he querido presentar uno de los problemas clásicos de la literatura policíaca: el misterio de la habitación cerrada por dentro, en la que tan solo está el cadáver del asesinado. Ha habido muchas formas de resolver ese problema, pero creo que la mía es nueva.

Personaje fundamental es el investigador De Sirga...

El detective es un personaje imprescindible en una novela policíaca. En este caso es un profesional, no un aficionado. Los investigadores eran especialistas a los que se encargaba averiguar lo ocurrido en aquellos asuntos que podrían interesar al Rey. Eran lo más parecido a unos detectives que entonces había. **Sirga** tiene, es imposible que no lo tenga, mucho de **Holmes** y **Poirot**: la observación, la concentración y la capacidad de deducción. Tiene además creo, otras dos cualidades fundamentales en un investigador. Para una de ellas, la memoria, mi modelo es el **Smiley** de **John Le Carré**. La otra es la determinación, la constancia, la implacabilidad, la "profesionalidad", diríamos, cuyo modelo básico es **Dashiell Hammet** y su agente de la Continental.

Muchos escritores de novela histórica se justifican diciendo que los escenarios que eligen les permiten abordar cuestiones de plena vigencia. ¿Es tu caso?

Los seres humanos son muy parecidos, creo yo, a pesar de las diferentes razas, lenguas y tiempos en los que viven. En una novela histórica se pueden plantear los mismos temas que en una novela de ambiente contemporáneo, en una de ciencia-ficción o en una fantástica. Siempre se hablará, en cada una de ellas, del espíritu humano, que no ha variado apenas a lo largo de los siglos. Pero más allá de eso, no creo que sea necesario justificar la novela histórica, como

no es necesario justificar ningún tipo de literatura o de expresión artística. La única justificación que un libro necesita es un lector. Cuando la obra encuentra a alguien que la lee, y ese alguien se conmueve, disfruta, se entretiene, aprende o pasa un rato agradable, queda más que justificada.

¿Habrá más aventuras de Muriel y Sirga?

Eso espero. La época da para muchas y en mi cabeza ya están viviendo algunas de ellas. *El traidor de la corte* ocurre en 1360 y hasta la muerte de **Pedro el Cruel**, en 1369, hay mucho tiempo para que **Sirga** y **Muriel** resuelvan crímenes y misterios. Espero que el público me de la oportunidad de escribirlas.

El Cruel y su tiempo

Dice Borja Rodríguez que «la época creó la novela y no al revés», es decir, que no imaginó la historia y luego buscó dónde enclavarla sino que esos tiempos le parecían tan fascinantes que «pedían a gritos una novela».

El nombre de Pedro el Cruel no evoca nada bueno. ¿Cómo fue el rey verdadero, ése del que nos hablan los libros de Historia?

Esa es toda una pregunta, que da para un tratado de historia. A lo largo del XIX hubo una polémica entre los historiadores que defendían a **Pedro** ("petristas") y los que le atacaban ("antipetristas"). Hay que tener en cuenta que **Pedro** fue llamado "El Cruel" o "El Justiciero", según quien contaba la historia, y que para la valoración de sus hechos debemos tener en cuenta que perdió la guerra ante **Enrique de Trastámara**. Éste fue uno de los primeros maestros de la propaganda y se dedicó desde el principio de su guerra y más a partir de conseguir el poder en una campaña de imagen positiva hacia él y desprestigio hacia **Pedro**.

¿Y sus relaciones de amor-odio con su hermano?

Ahí estamos en el terreno de las hipótesis. No obstante hay dos hechos ciertos. **Enrique** no participa en la trampa que le tienden a **Pedro** sus hermanos, ni toma parte en el reparto de prebendas durante el cautiverio de **Pedro** en Toro. Y **Pedro**, tras la batalla de Nájera, en un momento en que tenía a **Enrique** en sus manos, le deja escapar. A partir de ahí se pueden imaginar muchas razones del comportamiento de ambos hermanastros.

Un tiempo como el que recuperas parece propicio para una novela negra...

Es una época fascinante. De repente el hombre medieval se vio sacudido por dos cambios brutales.

En primer lugar la peste negra. En nuestros tiempos, pensemos en la gripe A, hablamos de epidemia gravísima, cuando vemos que hay 100 muertes por un millón de habitantes: el 0,01%. La peste negra mató más. Muchísimos más, un tercio de la población de Europa, en sucesivas oleadas, que hacían que la gente nunca supiera cuando iba a volver la enfermedad: la muerte lo rodeaba todo, pueblos enteros sucumbían y no había más respuesta a la enfermedad que la huida o tener la inmensa fortuna de la inmunidad. La enfermedad no respetaba a nadie, dados los escasos conocimientos de la época, y las clases altas sucumbían como las bajas (hasta **Alfonso XI**, el padre de **Pedro el Cruel**, murió de la peste). Todo estaba cambiando, todo iba a acabar.

Y por si fuera poco, durante el siglo XIV llega la llamada *pequeña era glacial*, con un descenso general de temperaturas, alargamiento del invierno, reducción del verano y la primavera y descenso de la temperatura media en más de cinco grados. A la peste se añadió el hambre, por la imposibilidad de sacar adelante muchas de las cosechas. Era imposible que los seres humanos que soportaron esas calamidades no pensarán que el mundo iba a cambiar o a terminarse, y que la vida humana valiera muy poco.